

Mientras Napoleón hacía al comercio inglés esta guerra tan activa y ruinoso, le preparaba otro peligro, el de una ruptura con los americanos. Aún apresándoles sus buques bajo pretexto de que algunos franceses habían sido apresados en América por virtud de la ley de embargo, no había interrumpido su correspondencia con el gobierno de la Unión, ni cesado de declarar que estaba dispuesto á revocar para él solo los decretos de Berlín y de Milán, si América hacía que su neutralidad fuera respetada por Inglaterra. Además había halagado singularmente la ambición de este gobierno expresándole que Francia no se opondría á que se apoderara de la Florida, que España era incapaz de conservar á todas luces, ni á que fuesen libres las colonias españolas. A consecuencia de sus declaraciones, anunció Napoleón por un decreto que á contar desde 1.º de noviembre inmediato (1810), no estarían comprendidos en los decretos de Berlín y Milán los americanos, y podrían por tanto entrar en los puertos de Francia siempre que hubieran obtenido de los ingleses la revocación de las órdenes del consejo ó rehusado someterse á ellas y tomado providencias para substraerse á su observancia.

Nada mejor calculado que política semejante, pues cuando Francia les restituía el derecho de neutrales, no se podían dispensar los americanos de exigir lo propio á la Gran Bretaña, aun á costa de una guerra. Y á la verdad parecía que las cosas caminaban por este rumbo. Se ha visto que los americanos, quejosos por igual de las dos naciones beligerantes, prohibieron á todo ciudadano de la Unión navegar en los mares de Europa, y á todo francés ó inglés aportar á América, á no ser forzado por los temporales. A este acto, riguroso de sobra aun para ellos mismos, pues los castigaba por las culpas ajenas, acababan de substituir otra providencia, cual era la de prohibir á sus naturales las relaciones con Francia é Inglaterra tan sólo, y declarar al par que estaban resueltos á revocar esta prohibición respecto de aquella de las dos potencias que renunciara á su sistema de violencia contra los neutrales. Tratando también Inglaterra de acariciar á los americanos acababa de revocar sus órdenes del consejo relativamente á ellos y les había dispensado de recalar en el Támesis para pagar allí tributo, pero había substituído á este derecho de navegación su famoso sistema de bloqueo sobre el papel, y declarado que los neutrales podrían ir á todas partes, excepto á los puertos del imperio francés, que proseguían bloqueados desde Embden hasta España, desde Marsella hasta Orbitello, desde Trieste y Venecia hasta Pésaro.

Con razón decían los americanos que eximiéndoles de ir á recalar al Támesis y del pago del tributo, se estaba lejos de haberles concedido lo que se les debía, pues en principio nada se había hecho, si por un bloqueo ficticio y general se les vedaba tocar en vastas co-

de las aduanas, del ministro del Interior, de los ministros de Hacienda y del Tesoro, y por fin, de nuestros cónsules en el extranjero. Así creo estar en el caso de afirmar la exactitud perfecta de los pormenores en que he entrado, y que me parecen útiles para el conocimiento de los tiempos cuya historia escribo. (N. del A.)

marcas que no podían ser ni sitiadas ni bloqueadas. En vano les respondía Inglaterra que ya era una inmensa concesión la revocación de las órdenes del consejo para ellos solos, y que Napoleón les hacía promesas galanas para no cumplirles ninguna, pues acababa de manifestar secretamente al gabinete de Londres las disposiciones más hostiles hacia ellos, con lo que aludía á las ridículas proposiciones transmitidas por cuenta del duque de Otranto; los americanos no daban oído á tales respuestas. Afianzado el presidente de la Unión con la prenda del decreto de Napoleón que declaraba plenamente restablecidas las relaciones comerciales con los americanos para el 1.º de noviembre si éstos hacían respetar su pabellón, anunció por una proclama que si el 2 de febrero siguiente (1811) no había revocado Inglaterra todas sus disposiciones, inclusa la del bloqueo ficticio, se alzaría la incomunicación comercial respecto de Francia y se mantendría contra Inglaterra con todo el rigor que estuviera al alcance de los americanos. De la incomunicación de relaciones mercantiles con la Gran Bretaña á la guerra no había más que un paso, siendo probable que los ingleses no dejaran entrar los buques americanos en los puertos franceses, que los capturaran en la travesía, y que, por dispuesta que estuviera América á la paz, no pudiese aguantar que sus barcos tuvieran que torcer rumbo y fueran apresados en alta mar, sin vengar su honor ultrajado, su seguridad comprometida.

Tales fueron los medios empleados por Napoleón durante el curso de 1810 para arruinar el comercio británico, mientras sus generales trabajaban en la península por empujar hacia el mar á los ejércitos ingleses. Estos medios, que revelaban á la vez la extensión de su genio, la profundidad de sus cálculos y el arrebato de sus pasiones, podían conducir al objeto, pero también llevar más allá todavía. Con efecto, convenía estar muy sobre aviso, no fuera que por disputar á Inglaterra el acceso del continente, lo cual había arraigado á apoderarse de la Holanda y á oprimir los Estados del Norte y del Báltico, se la proporcionaran tantos aliados secretos como se adquirían cooperadores aparentes del bloqueo: convenía estar muy sobre aviso, no fuera que, por sostener esta guerra de aduanas, se viniera muy pronto encima otra de diferente clase con los que rehusaran someterse á las mismas privaciones que se querían imponer á Inglaterra. Así importaba no prolongar un estado de trabas odioso para todo el mundo, y dedicarse con este fin nada más que á una guerra, la de España, aplicarla todos los recursos para dar á la Gran Bretaña el golpe decisivo que, junto á sus sufrimientos comerciales, le obligaría probablemente á firmar la paz y subscribir á la transformación de la Europa. De consiguiente en España se iba á decidir y se estaba decidiendo efectivamente, como se verá ahora, la suerte del imperio, y por aquel lado se necesitaba herir fuerte y herir pronto, si no se quería prolongar más allá de la paciencia de todos una situación que, antes de ser insostenible para Inglaterra, podía muy bien llegar á serlo para los aliados forzados de Francia, quizá para sus amigos más sinceros y aun acaso para ella misma.

LIBRO TRIGÉSIMO NOVENO

TORRES-VEDRAS

Vicisitudes de la guerra de España hacia fines de 1809. - Retirada de los ingleses después de la batalla de Talavera y su larga inacción en Extremadura. - Descrédito de la Junta central y reunión de las cortes españolas resuelta para principios de 1810. - Sucesos en Cataluña y Aragón. - Hábil maniobra del general Saint-Cyr en Cataluña para cubrir el sitio de Gerona. - Larga y heroica defensa de esta plaza por los españoles. - Desgracia del general Saint-Cyr y su reemplazo por el mariscal Angereau. - Conducta del general Suchet en Aragón después de la toma de Zaragoza. - Combates de Alcañiz, de María, de Belchite. - Ocupación definitiva de Aragón y hábil administración del general Suchet en esta provincia. - Auge de las guerrillas en toda España y particularmente en el Norte. - En vez de atenerse á esta clase de guerra quieren los españoles volver á las grandes operaciones contra el dictamen de los ingleses, y avanzan sobre Madrid. - Batalla de Ocaña dada el 19 de noviembre y dispersión del último ejército español. - Espanto y desorden en Sevilla. - Proyecto de retirarse á Cádiz la Junta. - Principio del año 1810. - Planes de los franceses para esta campaña. - Empleo de los numerosos refuerzos enviados por Napoleón. - Situación de José en Madrid. - Su corte. - Su sistema político y militar opuesto al de Napoleón. - José quiere aprovechar la victoria de Ocaña para invadir la Andalucía, con la esperanza de hallar en esta provincia grandes recursos. - A pesar de su determinación de reunir todas sus fuerzas contra los ingleses, consiente Napoleón en la expedición á Andalucía, con la idea de encaminar desde allí á Portugal sus tropas. - Marcha de José á Sierra Morena. - Entrada en Bailén, Córdoba, Sevilla, Granada y Málaga. - Por el error de no ir á Cádiz en derechura, logran retirarse allí la Junta y las tropas españolas. - Principio del sitio de Cádiz. - El primer cuerpo es destinado á este sitio; el 5.º es enviado á Extremadura; el 4.º á Granada. - Funesta diseminación de las tropas francesas. - Durante la expedición á Andalucía, convierte Napoleón las provincias del Ebro en gobiernos militares con la segunda intención de incorporarlas al imperio. - Desesperación de José, quien envía á París dos de sus ministros para que reclamen contra la incorporación proyectada. - Después de largas dilaciones, comienzan al fin las operaciones de la campaña de 1810. - Mientras el general Suchet asedia las plazas de Aragón, y el mariscal Soult á Cádiz y Badajoz, el mariscal Massena debe tomar á Ciudad Rodrigo y Almeida y marchar en seguida sobre Lisboa al frente de 80.000 hombres. - Sitio de Lérida. - Habiendo aceptado el mariscal Massena contra su gusto el mando del ejército de Portugal, llega en mayo de 1810 á Salamanca. - Triste situación en que halla las tropas que deben operar en Portugal. - Mal espíritu de sus lugartenientes. - Debiendo constar el ejército de 80.000 hombres, se reduce todo lo más á 50.000 en el momento de entrar en campaña. - Esfuerzos del mariscal Massena por suplir todo lo que le falta. - Sitio y toma de Ciudad Rodrigo y Almeida en julio de 1810. - Después de la conquista de estas dos plazas, se dispone el mariscal Massena á invadir á Portugal por el valle del Mondego. - Dificultades que encuentra para proporcionarse víveres, municiones y medios de transporte. - Pasa la frontera el 15 de septiembre. - Sir Arturo Wellesley nombrado lord Wellington. - Sus miras políticas y militares sobre la península. - Elección de una posición inexpugnable delante de Lisboa para resistir á todas las fuerzas que Napoleón pudiera enviar á España. - Lord Wellington se prepara á retirarse allí destruyendo todos los recursos del país al tránsito de los franceses. - Retirada del ejército inglés sobre Coímbra. - El mariscal Massena persigue á los ingleses por el valle del Mondego. - Dificultades de su marcha. - Los ingleses hacen alto en la sierra de Alcoa. - Batalla de Busaco, dada el 26 de septiembre. - No habiendo podido los franceses forzar la posición de Busaco logran salvarla por el flanco. - Retirada precipitada de los ingleses sobre Lisboa. - Persecución enérgica por parte de los franceses. - Los ingleses entran en las líneas de Torres-Vedras el 9 y 10 de octubre. - Descripción de estas líneas famosas. - Después de practicar el mariscal Massena un reconocimiento exacto desespera de forzarlas. - Se decide á bloquearlas hasta la llegada de nuevos refuerzos. - Entretanto toma una posición sólida junto al Tajo entre Santarén y Abrantes, y se aplica á construir un tren de puente para maniobrar sobre las dos orillas del río y vivir á costa de la rica provincia del Alentejo. - Es enviado el general Foy á París con el objeto de enterar á Napoleón de los sucesos de la campaña y de pedirle instrucciones al par que socorros. - Estado del ejército inglés en las líneas de Torres-Vedras. - Altercados de lord Wellington con el gobierno portugués; sus dificultades con el gobierno británico. - Estado de los ánimos en Inglaterra. - Inquietudes concebidas sobre la suerte del ejército inglés; tendencias á la paz, especialmente por efecto del bloqueo continental. - Advenimiento del príncipe de Gales á la regencia. - Disposición de este príncipe respecto de los partidos que dividen al parlamento. - El más leve incidente puede inclinar la balanza en favor de la oposición y producir la paz. - Viaje del general Foy por la península. - Su llegada á París y su presentación al emperador.

Tras de la batalla de Talavera y la pérdida del Puente del Arzobispo, se replegaron ingleses y españoles precipitadamente del Tajo al Guadiana. Aunque indecisa aquella batalla, como produjo la reunión en torno de Madrid de las tropas francesas, tuvo para ellos el efecto de una derrota, no quedándoles más recurso que meterse á toda prisa en el Mediodía de la península, aun á costa de abandonar sus heridos, sus enfermos y hasta su material en parte. A Andalucía se refugiaron los españoles detrás de Sierra Morena; sir Arturo Wellesley fué á tomar posición á Extremadura en las cercanías de

Badajoz. Quejándose allí, como de costumbre, de la débil cooperación de los españoles, sobre todo de su negligencia en proporcionarle víveres cual si hubieran debido proveer á las necesidades de sus tropas sin saber cómo alimentar á las suyas; situado por lo demás en un país fértil en cereales y rico en ganado, con retirada segura á Portugal; resuelto á no aventurarse incautamente en lo interior de la península, después de avalorar el peligro de que se acababa de librar por milagro; alegaba por motivo de su inacción los sofocantes calores de aquel año, y aconsejaba á los españoles evitar las

batallas campales, tomar una buena posición en Sierra Morena, defender allí bien la Andalucía, aguardar los efectos del tiempo, siempre funesto para el invasor en un clima como el de España, y aprender en fin á gobernarse, á administrarse y á disciplinar sus tropas.

Estos consejos muy sensatos, bien que más fáciles de dar que de seguir, y expresados en un lenguaje mal á propósito para que fueran aceptados, no podían aprovechar mucho á los españoles, lanzados por amor al trono á una revolución casi tan violenta como aquella en que el amor á la libertad precipitó á los franceses veinte años antes; dedicando á cuanto hacían el ardor natural de los pueblos meridionales y teniendo que vencer la doble dificultad de gobernarse y de defenderse contra una invasión formidable. En semejante situación pueblos menos apasionados y menos inexpertos que los españoles se hubieran podido mostrar tan inhábiles como ellos y difícilmente tan firmes. A mayor abundamiento, no aceptando para sí las ofensivas convenciones de sir Arturo Wellesley, trasladábanlas á la Junta central, que había sucedido á la regencia de Aranjuez, y á la cual era entonces costumbre achacar cuanto acontecía, no bueno y malo, sino malo tan solamente.

Si los ingleses estaban disgustados, si tenían más necesidades que las que podían ser satisfechas, si tropas indisciplinadas y acaudilladas por frailes no podían hacer cara á las veteranas huestes de Napoleón, culpa era del mal espíritu ó de la incapacidad de la Junta central, según el decir de las gentes. Aquella infortunada Junta contaba por elementos de censura, además de todos los partidos que no pensaban como ella, las juntas provinciales, celosas de la autoridad superior, como de costumbre. La junta provincial de Sevilla, importunada al ver á la Junta central gobernar en su casa, la junta provincial de Valencia blasonando de invicta, la junta provincial de Badajoz haciéndose eco de los ingleses retirados á su territorio, prodigábanla ultrajes de toda especie y la intimaban de continuo que al punto convocara las cortes, nuevo remedio del cual se esperaba entonces la curación de todos los males.

Nada más sencillo que corresponder á este anhelo, y la Junta central, cansada de representar un papel no menos triste que peligroso, se hubiera apresurado á resignar su autoridad en el seno de las cortes, si fueran unánimes los pareceres en punto á la oportunidad de la convocatoria. No lo eran ni con mucho: aunque España no comenzara su revolución como Francia en 1789 por una explosión de liberalismo, sino por una explosión de realismo, muy en breve llegó al mismo punto, y agitó cuantas cuestiones trataron los franceses por aquellos días en la Asamblea Constituyente. Un partido existía de hombres ilustrados, ganosos de que se aprovecchase la ausencia del monarca para efectuar las reformas que exigía el tiempo y entregarle á su retorno la España restaurada y rejuvenecida; creídos en tener para obrar de este modo, sobre el derecho natural de toda nación, el adquirido por su adhesión á la dinastía, y que desde el punto de vista de la defensa de la independencia consideraban hasta hábil extinguir por sí mismos los abusos y quitar á Napoleón el único pretexto con que pudo cohonestar su conducta, el de haber invadido la España para regerarla tan sólo. Así

pensaba la clase media, bien que participaban del propio dictamen muchos miembros de la nobleza española y varones instruídos pertenecientes á todas las clases y reunidos por las circunstancias en un solo partido que los sucesos hacían poderoso. También se hallaba esparcida en todas las clases la opinión contraria, y con especialidad entre la parte poco ilustrada de la nobleza, el clero, la magistratura, el ejército, alguna porción de la clase media y ciertas personas de mérito á quienes la revolución francesa había llenado de espanto. Mientras, inclinados los unos á la reforma completa de la monarquía, solicitaban que se reunieran las cortes, único instrumento para una revolución social; opuestos á la revolución los otros, clamaban por que, lejos de empeñarse más en el régimen de las asambleas, se tornara cuanto antes al de una regencia, por el cual se había en Aranjuez empezado, y que se compusiera de cinco ó seis personajes de nota, escogidos entre los generales, individuos del alto clero y antiguos ministros de la corona. Al frente de este partido figuraban los Palafox, defensores de Zaragoza, el duque del Infantado, el general don Gregorio de la Cuesta, el conde de Montijo, hombre singular que vivía entre el pueblo y se gozaba en inflamar sus pasiones, el marqués de la Romana, caudillo del ejército español en el Norte, y por fin el antiguo ministro conde de Floridablanca. Como jefes del otro partido se contaban el célebre Jovellanos, y muchos varones como el conde de Toreno, don Agustín Argüelles y otros, menos conocidos entonces que lo fueron más tarde, y que se ensayaban ya para dar á su país un gobierno digno de una nación civilizada.

Una circunstancia imprevista produjo el desenlace de la larga lucha entre estos dos partidos. Se había descubierto una especie de trama urdida entre personajes ilustres, jefes del partido contrario á toda revolución, para disolver la Junta central, hacerse señores del mando y gobernar monárquicamente y sin reformas. Queriéndose asegurar del apoyo de los ingleses, insinuaron algo á Enrique Wellesley, embajador de Inglaterra y hermano de Arturo, general en jefe del ejército británico en España. Aun cuando Inglaterra no estaba por la Junta central ni por una general reforma, su embajador tuvo la lealtad de avisarlo á los principales miembros de dicha Junta. De esta suerte se deshizo la trama, y conociendo la Junta central lo imposible de sostenerse más largo tiempo, quiso que los verdaderos representantes de la nación vinieran á sustituirla, y decretó que para principios de 1810 fueran convocadas las cortes, reservándose fijar más tarde la forma, el lugar y el instante de la convocatoria, según las circunstancias de la guerra. Convencida al par de lo necesario de una autoridad más reconcentrada, instituyó una comisión ejecutiva de seis miembros, encargándola todas las providencias gubernativas y siguiendo sólo con las legislativas á su cargo. Entre los miembros de esta comisión ejecutiva figuraba el marqués de la Romana, personaje inquieto, que prometía siempre mucho y nunca hizo nada más que escaparse con su división de Dinamarca. De Castilla la Vieja había sido trasladado á Andalucía para organizar allí las tropas.

Por esta época se hallaban divididas las fuerzas de los españoles en ejército de la izquierda, que disputaba á los generales Kéllermann, Monnet y al mariscal Ney

Castilla la Vieja, el reino de León, Asturias y Galicia; en ejército del centro, que guardaba la Extremadura, la Mancha, Andalucía y había perdido las batallas de Medellín, Ciudad Real, Almonacid y creía haber ganado la de Talavera porque defendieron bien su posición los ingleses, y en ejército de la derecha, que á las órdenes de los generales Reding y Blake había tratado de arrancar durante el año de 1809 al general Suchet Aragón y al general Saint-Cyr Cataluña.

Crear un poderoso ejército del centro deseaba la nueva comisión ejecutiva, para ir por la Mancha á reconquistar á Madrid contra el rey José, que habiendo reunido en torno suyo los cuerpos de los mariscales Víctor, Mortier, Soult, de los generales Sebastiani y Dessoles, podía hacer operar á una no menos de ochenta mil hombres de las primeras tropas del mundo. En vano sir Arturo Wellesley aconsejaba no arriesgar batallas campales mientras no fuera posible oponer á los franceses tropas mejor organizadas, pues los nuevos jefes del gobierno español no hacían caso de sus dictámenes y se agitaban mucho por la organización de este nuevo ejército del centro. Para formarlos allegaron las tropas que á las órdenes de don Gregorio de la Cuesta se habían batido en Talavera, las que á las de Venegas habían perdido la batalla de Almonacid y constituían entonces los ejércitos de Extremadura y de la Mancha: le agregaron un destacamento de valencianos, y para el material emplearon lo que diariamente recibían de los ingleses. De este modo se lisonjearon de juntar un ejército de cincuenta á sesenta mil hombres, con buena caballería y la mejor artillería de España. Al principio se pensó que lo mandara el orgulloso don Gregorio de la Cuesta; pero la Junta lo estimaba poco, y algunas insinuaciones de dimitir el cargo, según su costumbre de amenazar siempre con retirarse, bastaron para que le cogieran la palabra y le dieran por sucesor al general Eguía, cuyo único mérito consistía en no haber perdido las últimas batallas. Pasados los calores se proponía tomar la ofensiva contra las tropas que José había reunido en rededor de Madrid, y entretanto se estrechaba á los ejércitos de la izquierda y de la derecha á que maniobraran á retaguardia de los franceses, para obligarlos á desguarnecer á Madrid por trasladar sus fuerzas al Norte.

Con efecto, á la sazón ocurrían graves sucesos en Cataluña y Aragón por un lado y en Castilla la Vieja por otro. Todo el año 1809 había luchado el general Saint-Cyr en Cataluña contra sus naturales y contra las tropas del general Reding, y hasta repelerle hacia Tarragona. Luego fué á Barcelona para introducir allí algún orden, almacenar víveres y extraer los prisioneros hechos en las cuatro batallas que había ganado á los ejércitos de Cataluña. Habiéndolos conducido hasta la frontera, empezó el sitio de Gerona, señalado algo ligeramente por Napoleón como fácil empresa, que había de coronar sus gloriosos servicios. Al general Verdier tocó dirigir los trabajos de ataque, y el general Saint-Cyr se reservó la tarea de protegerlos. No se conocía bastante, aun después del sitio de Zaragoza, que los sitios eran en España grandes operaciones de guerra, mucho más difíciles que las batallas, y que apenas lograría el más hábil jefe, con la más perfecta unidad de mando, triunfar de las fortalezas españolas. Nos lo debían enseñar sitios inmortales y terribles.

Dejando Saint-Cyr á Verdier todas las fuerzas de que pudo privarse, y no llevando consigo más que doce mil hombres, sorprendió hábilmente la fértil llanura de Vich, proporcionóse allí para sí y para el general Verdier víveres abundantes, y luego tomó posición á propósito para detener á las fuerzas que no podían menos de acudir en socorro de Gerona.

Llegada al fin la artillería de grueso calibre, esperada por largo tiempo, Verdier comenzó los trabajos de aporche. Gerona, situada á orillas del Ter, á la falda de alturas fortificadas, ceñida de obras regulares, llena de una población fanática, en que hasta las mujeres hacían papel activo con el nombre de compañía de Santa Bárbara, defendida por una guarnición de siete mil hombres y por su heroico jefe don Mariano Álvarez de Castro, había prometido inmortalizarse por su resistencia, y se va á ver hasta qué punto cumplió su palabra. Además el largo espacio de tiempo invertido en preparar el ataque, de resultas de la dificultad de los transportes, le había permitido proveer completamente á la defensa.

Habiendo decidido el general Sansón, hábil oficial encargado de dirigir los trabajos del arma de ingenieros, que había de empezar por la conquista de las alturas, abrióse trinchera delante del fuerte de Montjuich, donde tras largos trabajos preparatorios se consiguió abrir brecha. Por desgracia, no estando dirigido el sitio con la precisión debida, se dejaron correr muchos días desde que el asalto fué posible hasta que fué dado, de suerte que el enemigo pudo aprestarse á una resistencia briosa. Detenidas nuestras tropas por el desnudo de los sitiados, y especialmente por los obstáculos acumulados detrás de la brecha, fueron repelidas, y esto produjo en la población una exaltación extraordinaria.

Tras prueba semejante pareció mal escogido contra el fuerte de Montjuich el punto de ataque, y se emprendieron contra otro bastión los trabajos de aporche. Ya se alcanza cuánto habían de costar de tiempo, de sangre y de esfuerzos infructuosos tales variaciones en la dirección del sitio. Ante lo que pasaba, no se debía enardecer el celo de nuestros soldados ni de entibiarse el fanatismo de los habitantes. Por último, practicable otra vez la brecha, y conociendo ahora los españoles que no podían disputarnos el fuerte de Montjuich, lo evacuaron durante la noche, y así vino á ser conquista nuestra, después de costarnos un número igual de días al de los mayores asedios.

Fatigados del tiempo invertido en las operaciones militares emprendieron nuestros soldados el ataque de la plaza, bajando á las orillas del Ter y yendo á establecerse bajo el fuego de alto á bajo de las cumbres que aún quedaban en poder del enemigo. Contra el recinto de la ciudad se emprendió nuevo cerco, y cuando estuvo accesible la brecha, se resolvió dar el asalto. Don Mariano Álvarez de Castro, al frente de la guarnición y teniendo detrás todos los habitantes, hombres y mujeres, había jurado morir antes que rendirse y oponer contra los franceses montones de cadáveres á falta de murallas, derruidas por los cañones. Dióse efectivamente el asalto con el mayor arrojo, y después de rechazado, se renovó con mayor encarnizamiento bajo el fuego de la plaza y de las alturas, al ruido de las campanas y de los gritos de una población fanática. Muchas veces nuestros bizarros soldados llegaron á trepar á lo alto de

la muralla, y siempre encontraron allí una multitud de hombres furiosos, agolpándose ante ellos y presentando masas impenetrables. Mujeres, niños, sacerdotes, aparecían entre los soldados sobre aquella brecha inundada de sangre, cubierta de fuego, y hubo que ceder al noble delirio del patriotismo español; segundo asalto frustrado durante este sitio. Nada semejante nos había sucedido desde San Juan de Acre, y no nos debía volver á suceder ni en los sitios de España. Hubimos de renunciar á los ataques á viva fuerza y de recurrir al bloqueo, que á la verdad parecía bastante, porque la peste y el hambre devoraban á la heroica población de Gerona y arrebataban á sus últimos defensores. Ya estaba acometido de una enfermedad mortal aun el mismo caudillo.

Desde entonces el impedir que la plaza se avituallara de nuevo constituía la sola condición del triunfo, y al general Saint-Cyr correspondía este cuidado. Este general acababa de incurrir en desgracia, fácil de prever, manifestando con muy poco miramiento la irreflexión de las órdenes enviadas de París. Reemplazóle uno de los antiguos compañeros de armas de Napoleón, el mariscal Augereau, sin empleo desde Eylau y deseoso de volver al servicio. Mas después de ansiar el mariscal este nombramiento, no se dió gran prisa á cumplir sus deberes, y fué preciso que Saint-Cyr continuara en la más difícil coyuntura al frente de un ejército que había dejado de pertenecerle y que sólo estuvo á sus órdenes unos pocos días.

Noticioso por entonces el general Blake de que Gerona estaba amenazada de rendirse por hambre, reunió las reliquias de los ejércitos de Cataluña y Aragón, y se adelantó con un convoy de mil acémilas para abastecer á la plaza. Rápidamente situó el general Saint-Cyr en el camino de Barcelona para hacer frente á los catalanes en la parte más accesible y amenazada de la línea de bloqueo. Verdier tuvo á cargo defender las orillas del Ter y las avenidas próximas al recinto. Tres días cabales permanecieron unos frente á otros envueltos en espesa niebla, por entre la cual se oía la voz de los hombres sin distinguirlos. Pero mientras Saint-Cyr detenía á aquel enemigo invisible, la división Lecchi del cuerpo del sitio, fué sorprendida, y el general español pudo hacer entrar en Gerona, además del convoy de víveres, un refuerzo de cuatro mil hombres, socorro más peligroso que útil, como que los sitiados no carecían de brazos, sino de subsistencias.

Viendo el infeliz Álvarez de Castro que con esta operación no se aumentaban sus recursos, hizo llegar al general Blake un aviso secreto para que le enviara nuevos socorros; y éste se esforzó una vez más para introducir otro convoy en la plaza á costa de cualquier peligro, pues Cataluña clamaba porque se salvara Gerona á todo trance. Efectivamente, por caminos tortuosos y difíciles consiguió aproximarse con gran copia de provisiones; mas ahora el general Saint-Cyr, no fiándose más que de sí mismo adoptó las mejores disposiciones y ocultó sus fuerzas de modo que pudiera llegar el convoy y las tropas que lo custodiaban hasta las puertas de Gerona. De súbito sus columnas, hábilmente escondidas, atajaron el frente, acometieron de flanco y por la espalda el convoy y la escolta, se apoderaron de muchos miles de acémilas ricamente cargadas é hicieron también muchos miles de prisioneros. Desde lo alto de los

muros vieron los pobres sitiados pasar al campamento de los sitiadores los víveres de que sentían necesidad urgente, y pronto, diezmados por las calenturas, la peste, el hambre, privados de su caudillo, que estaba casi agonizando, se vieron obligados á capitular el 11 de diciembre al cabo de seis meses de asedio, dejando un recuerdo inmortal en la historia. A poco de rechazar el cuerpo de Blake partió el general Saint-Cyr, y así tuvo la honra de recibir la rendición de Gerona, bien que le cupiera el mérito de ella. Hasta fué arrestado por haber partido demasiado pronto, y el mariscal Augereau, llegado sólo á tiempo de abrirse las puertas de la plaza, obtuvo de Napoleón las mayores felicitaciones. Así el gobierno imperial procedía ya como los gobiernos debilitados y ciegos, que prefieren los favoritos que les adulan á los buenos servidores que les importunan con la independencia de sus consejos.

Tales habían sido los sucesos de Cataluña hasta fines de 1809. En todo el año de 1810 no debía intentar nada importante esta provincia, desconsolada, mas no sometida, de resultados de la rendición de Gerona. También en Aragón habían tenido cierta gravedad los sucesos. Después de la toma de Zaragoza, el quinto cuerpo, á las órdenes del mariscal Mortier, se había dirigido hacia el Tajo, quedando en Aragón el tercero, agotado de fuerzas por aquel asedio terrible. Afortunadamente á su cabeza acababa de ser colocado un jefe tan prudente, hábil y firme como el general Suchet, sobresaliente por igual en la dirección de las operaciones militares y en la administración de los ejércitos; doble mérito harto raro entre los lugartenientes de Napoleón, acostumbrados más á obedecer que á mandar, y que sabía á la vez captarse el amor del soldado y la estimación de los pueblos, sin embargo de los padecimientos inevitables de una guerra horrorosa. Su cuerpo se componía, á la sazón, de los tres antiguos regimientos de infantería, el 14 y el 44 de línea y el 5.º de ligeros, de cuatro nuevos, el 114, 115, 116 y 117 de línea, de tres regimientos de infantería polaca, del 13 de coraceros (solo cuerpo de esta arma que se hallaba en España), de alguna caballería ligera, y por último de una artillería excelente. Apoderóse del ánimo de estas tropas y se esforzó por imbuir en su corazón el sentimiento del deber, así como la resignación á una guerra que el sitio de Zaragoza les había hecho odiosa. Tras de proporcionarles algún reposo llevólas vía recta contra el enemigo. Como ya se ha dicho, el general Blake mandaba todos los ejércitos de la derecha (según la denominación española): viendo partir al quinto cuerpo, quiso aprovechar la coyuntura para lanzarse sobre Aragón y reconquistar á Zaragoza; mas para evitarlo Suchet no aguardó su ataque, sino que fué á Alcañiz en su busca. Pronto observó, no obstante, que la fatiga, el disgusto y una organización incompleta habían producido en sus tropas más malos efectos que supuso al principio, y se vió obligado á retroceder después de una conducta bastante blanda por su parte. Dicha fué suya que no aprovechándose Blake de esta primer ventaja, le dejara tiempo de reconcentrar sus fuerzas en Zaragoza, de completar allí sus regimientos con algunos nuevos soldados sacados de Navarra, de organizarlos, de equiparlos con los recursos del país, de aliviarlos de sus padecimientos, de reanimarlos, de restituirles, en fin, la firmeza y el ardi-

miento para el combate. Cuando Suchet los vió como alentados de espíritu nuevo aguardó al ejército de Blake en María, adonde llegaba reforzado y lleno de confianza, aceptó la batalla en una posición defensiva muy bien elegida, y pasando de la defensa al ataque, luego que se resfrió el primer ardor de los españoles, arrollólos por espantosos barrancos y causóles una pérdida considerable. Seguro ya de sus tropas fué detrás del ejército español á Belchite, le halló de nuevo formado en batalla y dispuesto á la resistencia, asaltóle briosamente y le quitó la artillería y muchos miles de prisioneros.

Desde este día el general Blake hubo de renunciar á disputar los campos aragoneses el general Suchet, quien ya no tuvo de habérselas más que con las guerrillas y plazas fuertes. A él y al mariscal Augereau tocaba apoderarse de Lérida, Mequinenza, Tortosa, Tarragona, antes de que pensarán penetrar en el reino de Valencia. Pero el sitio de Gerona puede dar idea de lo que debían ser los asedios en aquellas comarcas.

Dueño el general Suchet de Zaragoza y de las fértiles campiñas de Aragón, aplicóse al punto á calmar el país, á hacer que allí renaciera algo de orden, á ahuyentar las guerrillas, á sacar los recursos necesarios para sus tropas con el menor daño posible de los naturales, y á preparar finalmente el inmenso material de sitio que era indispensable para las conquistas de las plazas.

Sabiendo por larga experiencia que en un país rico, aunque muy pesada sin duda, no es ruinoso la carga de un ejército conquistador, siempre que, para adquirir lo preciso, se emplee, en vez de la mano devastadora del soldado, la mano discreta de una administración inteligente y proba, convocó á los antiguos miembros del gobierno de la provincia y entre ellos al arzobispo de Zaragoza, y les expuso las necesidades de su ejército, el deseo que tenía de tratar bien á los naturales en proporcionando bastimentos, y su voluntad firme de labrar hasta donde pudiera su ventura, si cooperaban á sus benéficas intenciones. Ellos en su lenguaje persuasivo, en su semblante dulce é inteligente reconocieron al varón hábil y honrado que, encargado de someterlos, no quería oprimirlos, y resolvieron ayudarle con todas sus fuerzas. Zaragoza, con su heroica resistencia, creía haber pagado su deuda á la independencia de España, y la había pagado en efecto. Además todos los caracteres apasionados é implacables habían perecido ó se hallaban dispersos, y el resto de la población clamaba por un reposo á tan caro precio comprado. Oportunamente vino esta disposición de los ánimos en ayuda de los designios del general Suchet, y al cabo de muy pocos meses semejó como que Zaragoza renacía de sus cenizas. El general restableció los antiguos impuestos, los antiguos recaudadores, las antiguas autoridades: con acuerdo de los miembros de la administración provincial ordenó que todas las rentas ingresaran en las cajas de la provincia; cedió para las necesidades del país gran parte de ellas y para las necesidades de su ejército aplicó lo restante, empeñando la promesa, que cumplió escrupulosamente, de respetar las personas y las propiedades. Aun no permitiendo que sus tropas carecieran de nada, tuvo arte para hacer con oportunidad ciertos gastos adecuados á lisonjear el ánimo de los naturales. En lugar de vender la plata del templo de Nuestra Señora del Pilar, objeto de la veneración general, restituyóla toda;

dedicó algunos fondos al restablecimiento del canal de Aragón, lateral al Ebro, así como á la reparación de los edificios más deteriorados por la guerra, y entretanto hacía juntar y componer la artillería de grueso calibre que trajo y la que halló en España, preparando así todos los medios de sitiar las importantes plazas de Lérida y de Mequinenza, cuya toma era necesaria antes de que el ejército de Cataluña pudiera ni aun aproximarse á Tortosa y á Tarragona.

A la pacificación completa de Aragón no había más obstáculo que las guerrillas. Mientras la Junta central de España, cuya triste historia se ha visto, se esforzaba desde Sevilla, donde residía, por organizar ejércitos regulares siempre reunidos, se formaban espontáneamente tropas irregulares, por nadie creadas, en cuya dirección y subsistencia no pensaba nadie, que brotando por decirlo así del mismo suelo, guiadas por el instinto, maniobrando según las circunstancias del momento, no carecían de nada, porque se sustentaban por sí mismas y con sus propias manos, reducían á los franceses al extremo de carecer de todo, asomaban de improviso allí donde se las esperaba menos, se dispersaban si el enemigo tenía mucha fuerza, volvían á aparecer si se mostraba diseminado en destacamentos ó custodia de convoyes, renunciaban á vencerle en masa, pero le destruían hombre á hombre; y como la humanidad no era la calidad de la nación española ni el deber de un pueblo pérfidamente invadido, no escrupulizaban degollar al último de los heridos, á los enfermos y á sus escoltas. A la larga tal sistema de hostilidades, infatigablemente seguido, hubiera acabado con los ejércitos más numerosos y valientes, como que no siempre están reunidos en masas, ni lo están sino raras veces, y una parte notable de su efectivo se halla de continuo en su línea de operaciones empleada en buscar víveres, en llevar municiones, en custodiar enfermos, heridos, reclutas. Un ejército á quien se destruyen sus destacamentos es como un árbol al que se cortan las raíces y destinado, después de languidecer algún tiempo, á secarse y morir muy pronto.

Hasta lo infinito se multiplicaron las guerrillas, que ya nos habían molestado mucho desde la destrucción de los ejércitos regulares de España, y se veía próximo el momento en que no quedara allí más que un ejército organizado, el de los ingleses, y miles de partidas, que sería imposible contar y hasta designar por sus nombres; sin que se pudiera afirmar si contribuían más á la defensa de la península el ejército inglés, que daba batallas, ó estos miles de corredores, que sin darlas nos arrebataban los frutos de la victoria y nos hacían desastrosas las resultas de los descalabros.

Ya un oficial que después de la dispersión de los ejércitos había quedado sin destino, ya un fraile bullicioso y un cura resuelto á defender su lugar, ya un estudiante que abandonaba de buen grado las aulas, ó un pastor que dejaba de apacentar su rebaño para abrazar una vida nueva, ya un contrabandista privado de su trato, unos impulsados por el patriotismo, otros por la religión, por el espíritu de aventuras ó por la codicia, allegaban aquí y allí algunos hombres, sobre todo algunos dispersos de los ejércitos batidos, algunos prisioneros escapados de manos de los franceses; cobraban bríos si obtenían algún triunfo, ó iban á juntarse con otros